LA NACION
BUENOS AIRES, DOMINGO 2 DE SEPTIEMBRE DE 1945

LA PATAGONIA LEGENDARIA

Vista del ventisquero Moreno. Los hielos que la fotografía muestra como una capa de nieve, son en realidad bloques de más de 50 metros de altura sobre el nivel del lago

Otro aspecto de la cordillera en las latitudes australes

(Foto José Suárez)

HASTA el siglo pasado la Patagonia fué como una larga noche geológica sobre la que pesaba el inerte silencio del cosmos. Pocas regiones de la tierra han conservado hasta tan avanzada época su dramática desnudez primitiva, su letal desamparo, como este doloroso cono de sombras sumido en la soledad austral del continente. Durante millones de años fué un escenario en que océano, viento y cordillera representaban un acto del génesis. Luego cayó el telón de soledad, y el desierto quedó en espera de la historia.

Los primeros latidos de la vida humana debieron ser una trágica insinuación en medio del yermo desolado. La naturaleza no abandonaba aún el estupor en que la sumiera su espasmo geológico. La inmensidad hacia mezquinas las escasas dádivas que ofrecían sus oasis, y obligaba a las tribus a un incesante deambular de nómades a la caza de asustadizos guanacos o esquivos avestruces, o peleándose los pingüinos y lobos de mar en los más australes confines. Nacía la vida en medio de una paupérrima anemia, incapaz de vitalizar civilizaciones autóctonas comparables a la quichua o a la azteca.

Y fueron siglos de silencio. En todos los continentes ya habían brillado y se habían extinguido estrellas de pueblos navegantes, de pueblos conquistadores, de vastos imperios; el hombre había arrancado a la naturaleza algunos de sus más caros secretos, pero todavía el miedo cósmico se apoderaba de él cuando tendía la mirada hacia las tierras envueltas en la bruma incierta del austro.

Fué necesario que la humanidad emprendiese "su más grande aventura" para decidirse a alzar una punta del velo que encubría el misterio patagónico. En 1520, Hernando de Magallanes, buscando un paso entre dos océanos, costea aquellas tétricas latitudes. Como testimonio de la impresión que le causaran, va jalonando sus descubrimientos de nombres trágicos en que el lenguaje recurre a desoladas toponimias para expresar la visión del yermo: Isla Desolación, Bahía del Desengaño, Bahía Inútil, Seno de la Ultima Esperanza. Y la leyenda negra se asienta y turba la imaginación de los navegantes. En adelante, aquellos puertos servirán a Drake como transitorio refugio de sus piraterías, o a uno que otro capitán español para ajusticiar a los amotinados de sus barcos. Son puertos malditos, marcados con calaveras en las pintorescas cartografías de la época.

Indio patagónico, que Pigafetta, el cronista de la expedición de Hernando de Magallanes, describió como un fabuloso gigante

Fustigados por el viento seco del Oeste, los árboles se inclinan y se estiran en un trágico gesto de desolación

Indio fueguino, cuyas hogueras dieron nombre a Tierra del Fuego, el confín poblado más austral del mundo

Audaces barcos de todas las banderas han ido dejando sus esqueletos a lo largo de las riesgosas costas patagónicas.

Sólo en pleno siglo XVIII España determina explorar y poblar la costa patagónica. Puede decirse que por fin va a empezar la historia. Pero lo que empieza es sólo una incierta crónica de campamentos caducos, de esporádicas fundaciones que se pierden en el suelo pedregoso del desierto, y de las que sólo habrían de perdurar las de Río Negro.

No sólo España fracasó. Sobrevendría la emancipación de las colonias españolas, pasarían años de vida independiente y aún no existiría un solo poblador blanco al sur del Río Negro.

Las dos célebres expediciones inglesas de King y Fitz Roy (1823-1830), que tan buenos aportes dierán a la cartografía y a la hidrografía, obteniendo la primera visión formal de la Patagonia, habrían de confirmar el escepticismo respecto a sus posibilidades de vida próspera. El joven naturalista Carlos Darwin, que formara parte de ellas, diría que aquéllas eran tierras malditas, limitándose a recoger del suelo silicoso las conchas de ostras gigantes que hablaban de una remota prehistoria, y volviendo las espaldas para difundir por el mundo la poca fe de su profecía.

Luego se esparcirán por el Chubut valerosos colonos galeses, se intentarán audaces, pero débiles factorías; mas el indio y las distancias caerán como lápidas sobre el naciente heroísmo.

Promediará el siglo XIX, y la Patagonia seguirá siendo el maldito páramo de Darwin. Chile fundará en lo más sureño una colonia penal: Punta Arenas; la Argentina sembrará también las costas con lugares de castigos, perpetuándose así el veredicto de los primeros navegantes.

1870. El mundo está lleno de espléndidas realidades y magníficas promesas; pero la Patagonia sigue siendo el páramo de su larga noche secular. A duras penas se abre la tregua de un valle de río, de un cañadón con agua, de un oasis cordillerano. Su vegetación es apocalíptica; los árboles imploran con el gesto trágico de su ramaje casi pétreo, desnudo y retorcido.

Y sopla, hostil y eterno, el viento seco del Sudoeste...

Montañas de hielo, poderosas, altivas, en continua amenaza de derrumbe

Los últimos eslabones de los Andes luchan por mantenerse adheridos al continente antes de sumirse entre la bruma y el hielo

Pub. CAMPOS

LA PATAGONIA

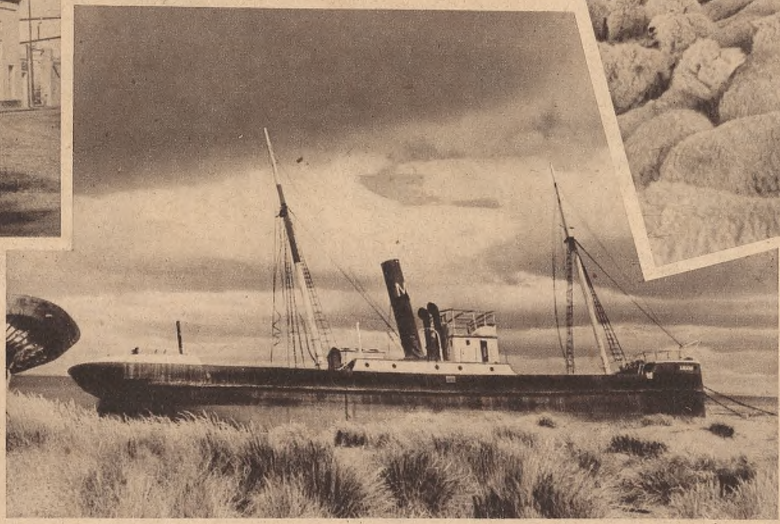
Puente colgante sobre el Río Grande, Tierra del Fuego, construído por los estancieros de la zona

Vista de a Estan

Casa de comercio de la Soc. Import. y Export. de la Patagonia, Esquel. (Terr. Chubut)

Interior de un galpón de esquila

Casa de comercio de la Cía. Importadora y Exportadora de la Patagonia en San Julián



El "Amadeo", primer barco a vapor matriculado en la Patagonia y que perteneció a don José Menéndez, varado como una reliquia en las playas del Estrecho de Magallanes

Casa de don José Menéndez en Punta Arenas, la primera construcción de material sólido que se levantó en el Sur hace mas de medio siglo. En ella se alojó el general Julio A. Roca durante la histórica visita que culminó en el Abrazo del Estrecho con el presidente de Chile, Federico Errázuriz

Edificio "Patagonia" de la Soc. Importadora y Exportadora de la Patagonia en la Capital Federal

Monumento a Hernando de Magallanes, donado por José Menéndez

LA historia de las tierras ganadas al anonimato geográfico contiene siempre tres tipos humanos: el descubridor; después del descubridor, el conquistador; después del conquistador, el colono. Y el colono de la Patagonia tardó en nacer porque había de pertenecer a una nueva estirpe de hombres, capaces de unir en una expresión simultánea la visión del descubridor, el valor del conquistador y la perseverancia del colono. La inmensidad y la naturaleza áspera eran ofertas que sólo podían interesar a los fuertes. Y esos hombres fuertes surgieron en el crisol de América cuando, superadas las restricciones coloniales, el pujante individualismo liberal, con su sed de afirmación y de grandeza, comenzó a dar frutos. La esencia espiritual de esos colonos está condensada en un nombre: José Menéndez, cuya vida es la epopeya simbólica de la era heroica de la Patagonia: su colonización. Hijo de sus obras, dueño ya en Buenos Aires de una situación que muy pocos a sus años habían alcanzado, abandonó la vida muelle de la gran urbe, abandonó risueñas perspectivas especulativas, para ir a sumirse en la paupérrima soledad del rincón más austral del mundo. Un pequeño comercio, en las inmediaciones de la colonia penal de Punta Arenas, iba a ser el fortín desde donde daría sus mejores batallas contra el desamparo y la inclemencia. Todo habría allí de conjurarse en su contra: motines de penados, depredaciones de indios, azotes del clima. Y todo habría de ser sólo un estímulo más en el hombre vigoroso y forjador. Se va irguiendo poco a poco sobre sus mismos reveses, y a medida que se encumbra va alargando manos de apoyo a los que como él llegan a probar su temple en el medio hostil. En torno suyo se va formando un poderoso bloque humano, y la piedra, y hasta los hielos, adquieren pulsaciones de vida. El comercio insufla calor en las muertas arterias australes: los campamentos se convierten en emporios, las tolderías en pequeñas villas. Desde todas partes llegan nuevos hombres a sumarse a la empresa. Hay un momento en que la codicia pone fulgores de fiebre en las pupilas, y con los pacientes y laboriosos colonos se mezcla el ávido aventurero: pepitas de oro han guiñado al pálido sol en el agua de los cañadones. Este es el grito de propaganda que necesita la Patagonia. Atraídos por la dorada oferta, los pobladores se multiplican. De pronto parece que se va a repetir aquí el afiebrado escenario de California. Pero los primitivos pobladores no se llaman a engaño. El brillo del oro fácil no les hace apartar la vista de la difícil tierra que ya han abonado con años

Vapor "Asturian

IA DE HOY

sta de a Estancia "José Menéndez", en Tierra del Fuego

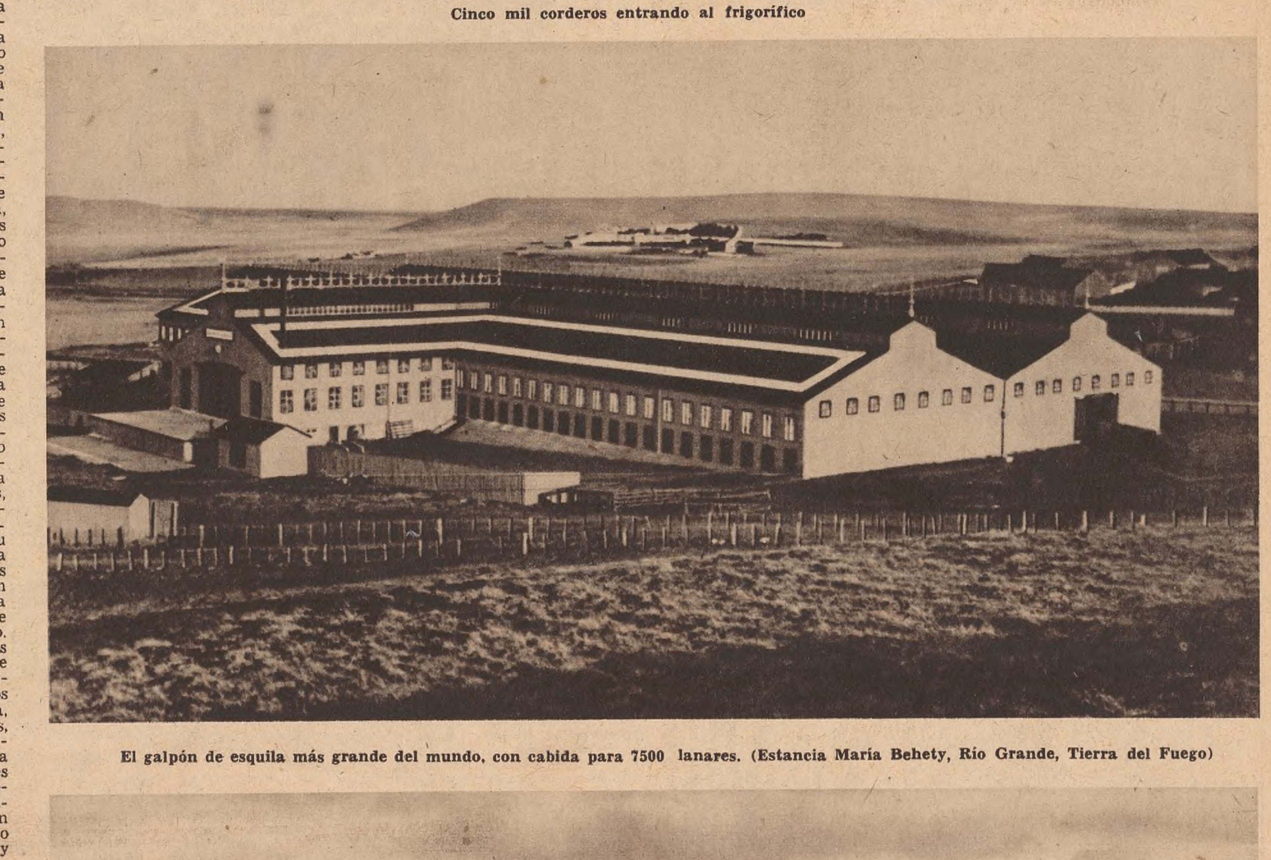
Cinco mil corderos entrando al frigorífico

Esquilando con tijeras mecánicas

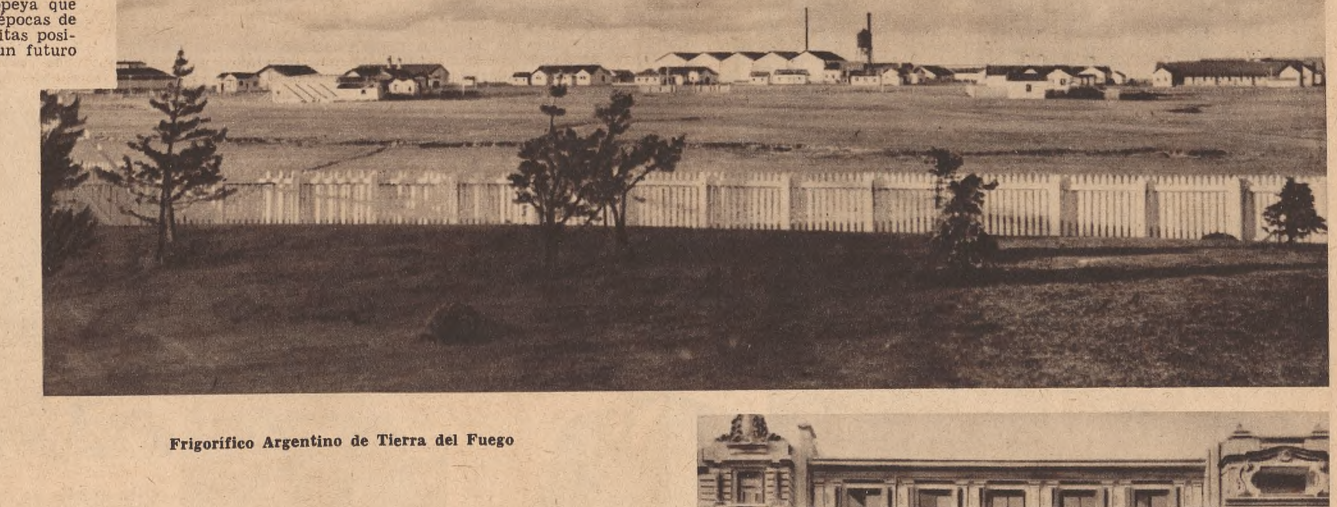
Prensando los fardos de lana

de vida heroica. Don José Menéndez está a la cabeza de ellos. Sabe que la Patagonia dará riquezas, fabulosas riquezas, pero sólo a cambio de sudor. Y descubren el oro blanco del vellón de la oveja. Llenan sus campos de ganado. Comienza entonces la era de la ganadería, a la que sucede espléndida y bullente la etapa industrial. Paralelamente con la conquista del desierto por el general Roca, que sanea de indios la difícil estepa, van surgiendo los medios de comunicación, y las repúblicas de Argentina y de Chile se encuentran al filo del 900 con que la hosca tierra de nadie, con que la Tierra Maldita de Darwin, ha venido a incorporarse a sus jurisdicciones como uno de sus territorios de más linsojero porvenir. Surgen entonces las grandes empresas. Los establecimientos comerciales, que han ido formando una gigantesca cadena a lo largo de toda la Patagonia, llegan a solidificarse en poderosos núcleos, que abarcan en apretada red sus anexos navieros, sus frigoríficos, sus aserraderos y yacimientos carboníferos. Un día, como el agua de la peña de Moisés, salta el chorro de petróleo, y ya desde ese momento la era industrial adquiere todo su apogeo. Simultáneamente, otros grandes "pioneers" han llegado a formar pujantes empresas. Entre ellos —digno émulo de Don José Menéndez—, cuenta Don Mauricio Braun, que a la cabeza de la firma "Braun y Blanchard" hace, por momentos, pensar en que va a desatarse una tempestuosa rivalidad comercial entre los dos titanes. Pero otra vez da sus frutos el espíritu generoso y constructivo que anima el alma colonizadora. Los rivales no divorcian sus fuerzas, sino que las unen, y surge así en 1908 la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia, hija del siglo y síntesis de toda una gesta de pacífico y tenaz heroísmo. Sus veinticinco sucursales derramadas en los centros vitales de toda la Patagonia y de Tierra del Fuego representan hoy día el desquite de la tierra legendaria contra los que sólo vieron en ella puertos de hambruna, bahías inútiles y eriales malditos. Tiendas, mercerías, bazares, muebles, máquinas agrícolas, vehículos y cuanto pueda enumerar la apetencia del más civilizado de los hombres vertebran el poderoso organismo de la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia, cuyos modernos bastiones proyectan su sombra airosa de cemento sobre el suelo tétrico en que se encontraron dispersos y petrificados los restos del fabuloso Milodón.

En el corazón de Buenos Aires, en su sede central, la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia se yergue como el sólido y acabado símbolo de una epopeya que empezó hace millones de años, en épocas de convulsión geológica, y cuyas infinitas posibilidades se proyectan hoy hacia un futuro inagotable.

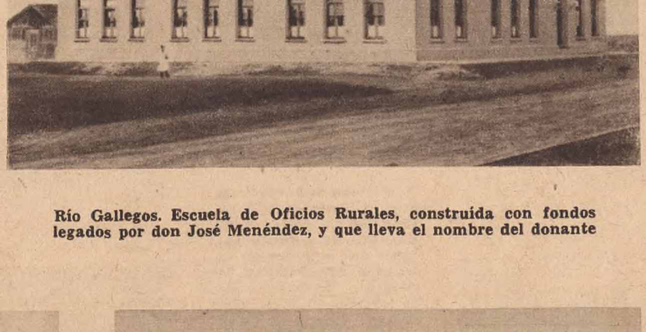


El galpón de esquila más grande del mundo, con cabida para 7500 lanares. (Estancia María Behety, Río Grande, Tierra del Fuego)



Frigorífico Argentino de Tierra del Fuego

Fardos esperando embarque



Río Gallegos. Escuela de Oficios Rurales, construída con fondos legados por don José Menéndez, y que lleva el nombre del donante

Edificio de la Sociedad Anónima Argentina Menéndez - Behety, en la Avenida Pte. Roque Sáenz Peña, de Buenos Aires

urian

Vapor "José Menéndez"

Motonave "Argentino"

Pub. CAMPOS

LA PATAGONIA DE PORVENIR

El petróleo, base de la economía moderna, se ofrece como una de las riquezas patagónicas de mayores perspectivas por la importancia de sus yacimientos

Las fuerzas de agua — caudalosas y potentes en la región cordillerana — son magníficas reservas de energía

Parajes como éste, el cerro Payne, de impresionante belleza, harán de la Patagonia uno de los grandes centros turísticos del mundo

La fruticultura es ya una realidad y se presenta como una de las más prósperas riquezas futuras

Enfoque de un magnífico vellón. La técnica biogenética de mestización traerá consigo incalculables mejoramientos en la calidad de la lana

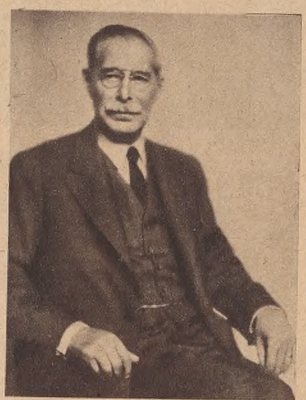
...Y el futuro, cuajado de imprevisibles posibilidades, será obra de la ciencia y de su forma aplicada: la técnica. Los elementos puramente humanos, que fueron los formidables instrumentos del hombre dominador frente al páramo indócil: la visión del descubridor, el valor del conquistador y la perseverancia del colono, actuarán ya sólo como fuerzas inspiradoras en el edificio del futuro. A ellas les cupo hacer una mañana clara de la noche geológica de la Patagonia. Será tarea de la técnica lograr que esa mañana madure en un día fecundo y perdurable. A ella incumbe la canalización de los ríos y su encauce por rutas de fertilidad; la electrificación de las caídas de agua cordilleranas, la explotación en grande escala de la riqueza minera que guarda la entraña patagónica, la mestización científica de los ovinos, las nuevas formas de aplicación del petróleo y sus subproductos. Cuando esto ocurra, el Eldorado que en época de penurias buscaran entre enmarañadas selvas los capitanes de España, será una hermosa realidad del siglo mecánico en el que fuera el más inhóspito rincón del globo. Todo cuanto la Patagonia fuera reacia al hombre será de entregadiza y dócil a la técnica: los sedimentos acumulados entre los espasmos de su prehistoria, el basalto que como un manto piadoso tendieron los volcanes sobre la azotada llanura, las vertientes subterraneas que fuera labrando el océano, no podrán resistirse al formidable reclamo de la técnica.

Por último, recibirá el desagravio del mundo que durante siglos la postergara en sus intereses y en su curiosidad: llegará el turista y asistirá al imponente espectáculo de paisajes redimidos, de factorías de indescriptible potencia, de ciudades gigantes, de bosques y de vergeles florecidos entre laderas de hielo.

Y así será el futuro, un futuro abierto a todos los hombres de buena voluntad, de todo el mundo, porque su escenario tiene el bendito privilegio de ser el suelo patrio.

Estancia "Julia". Canal central de regadío artificial

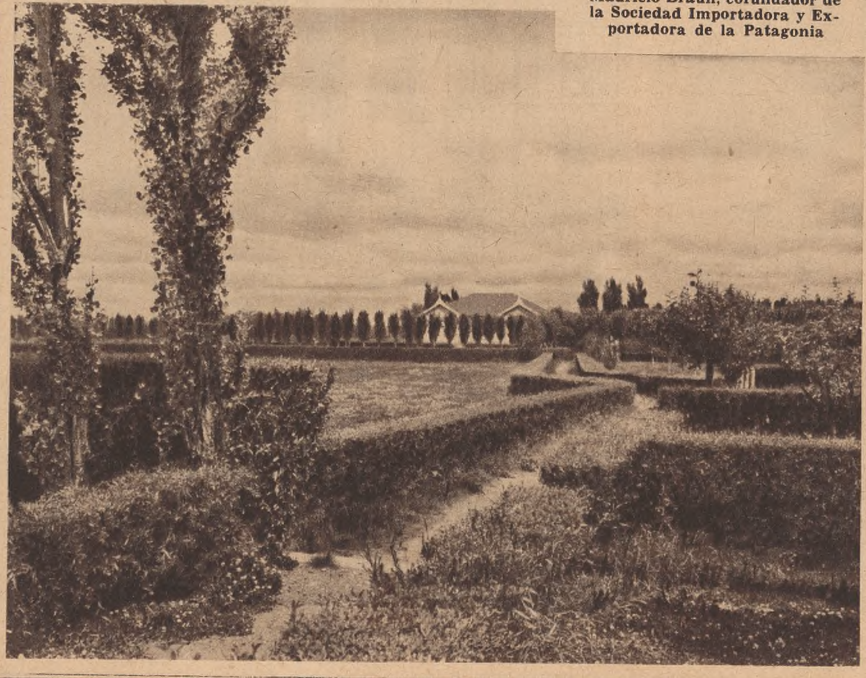
Otro aspecto de los beneficios del riego. (Estancia "Julia", Soc. Menéndez-Behety)



Mauricio Braun, cofundador de la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia

...Y como el nombre de este "pioneer", quedarán grabados en el bronce los nombres de aquellos colonos que a través de su trabajo convirtieron la desolada Patagonia de la leyenda en la prometedora Patagonia del porvenir

Dr. Carlos Menéndez Behety, actual presidente de la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia



El riego artificial está transformando ya la estepa en prósperos oasis, como lo demuestra el costoso experimento de la Estancia "Julia", de la Sociedad Menéndez Behety

Aridez de la Estancia "Julia", anterior a los experimentos agrícolas

Pub. CAMPOS